

# TRADUCCIÓN



## John Toland y la lucha del filósofo contra la superstición y la ignorancia: *Cartas a Serena. Carta I*

### John Toland and the Philosopher's Fight Against Superstition and Ignorance: *Letters to Serena. Letter I*

JORDI MORILLAS\*

#### I. Contexto y contenido de las *Cartas a Serena*

«Mr. Toland the Antichristian dy'd on Saturday at Putney». Así anunciaba *The Weekly Journal, or Saturday Post* de Londres en su edición del 17 de marzo de 1722 la muerte de John Toland, pensador clave para la comprensión de la Ilustración europea y que hoy parece resurgir en los estudios académicos a nivel internacional<sup>1</sup>, después de haber padecido un

---

Fecha de recepción: 6 noviembre 2009. Fecha de aceptación: 25 febrero 2010.

\* Jordi Morillas, Ciudad Cooperativa 95, 5-2, 08830 Sant Boi de Llobregat, Barcelona. Publicaciones recientes: «'Über das Verbrechen'. Raskolnikows philosophische Lehre», en *Dostoevsky Studies. Journal of the International Dostoevsky Society* 12 (2008), pp. 123-137; «Nietzsche – chitatel Dostoevskogo: k voprosy etiko-istoricheskogo znacheniya teksta», en *Teksta Telpa / Prostranstvo teksta*, Riga, 2009, pp. 71-80 y «El valor de la política en la vida y en la obra de F. M. Dostoevski», en *La Torre del Virrey*, Serie 3 (verano 2009), pp. 1-14. Salvo que se indique lo contrario, todos los textos traducidos se dan en nuestra propia versión.

1 Muestra de ello son los estudios, ya clásicos, de Margaret C. Jacob (a destacar entre su ingente producción: *The Newtonians and the English Revolution 1689-1720*, Ithaca-New York, 1976 o *The Radical Enlightenment. Pantheists, Freemasons and Republicans*, Londres, 1981); A. Sabetti (además de sus artículos sobre el *Pantheisticon* y su física, cabe citar su libro *Toland, un irregolare della società e della cultura inglese tra Seicento e Settecento*, Nápoles, 1976); C. Giuntini (véase su todavía hoy imprescindible monografía *Panteismo e ideologia repubblicana: John Toland*, Bolonia, 1979); R. Sullivan (*John Toland and the Deist Controversy*, Cambridge, Massachusetts y Londres, 1982); M. Iofrida (*La filosofia di J. Toland. Spinozismo, scienza e religione nella cultura europea fra '600 e '700*, Milán, 1983; aunque posteriormente ha revisado y corregido varias de las tesis aquí expuestas); Stephen H. Daniel (*John Toland. His Methods, Manners, and Mind*, Montreal, 1984); Robert R. Evans (*Pantheisticon. The Career of John Toland*, New York, Berne, Frankfurt, París, 1991). Entre los más actuales, merecen ser citados P. Lurbe (además de sus diversos artículos sobre la física, la política y la religión, hay que citar su tesis doctoral *John Toland: de la raison à la cité*, Dijon, Universidad de Borgoña, 1987); Alan Harrison (*Béal eiriciúil as Inis Eoghain: John Toland (1670-1722)*, Coiscéim, 1994); Justin Champion (entre cuyos estudios destaca su libro *Republican Learning: John Toland and the Crisis of Christian Culture, 1696-1722*, Manchester & New York, 2003), T. Dagron (junto a sus ediciones en lengua francesa de algunos escritos de Toland, hay que mencionar su artículo «Toland et l'hétérodoxie: de la conformité occasionnelle au panthéisme», en *Historia philosophica. International Journal*, 2 (2004), pp. 79-96 y su reciente obra *Toland et Leibniz. L'invention du néo-spinozisme*, Vrin, 2009) o Daniel C. Fouke, *Philosophy and Theology in a Burllesque Mode. John Toland and 'The Way of Paradox'*, New York, 2007. A estos estudios hay que añadir el imprescindible instrumento de trabajo que ofreció el investigador italiano Giancarlo Carabelli: *Tolandiana. Materiali bibliografici per lo studio dell'opera e della fortuna di John Toland (1670-1722)*, Florencia, 1975 y

injusto olvido durante siglos<sup>2</sup>. En efecto, John Toland (1670-1722)<sup>3</sup> aparece en la historia de la filosofía occidental como un pensador que tanto en el plano teológico como en el político, en el científico y en el filosófico, constituye un eslabón esencial para entender el posterior desarrollo de las corrientes ilustradas y religiosas de la Inglaterra –y, por extensión, de la Europa– de los siglos XVIII y XIX.

El texto que aquí presentamos de John Toland es un testimonio de esta importancia histórica. Publicado en 1704 bajo el título *Letters to Serena (Cartas a Serena)*<sup>4</sup>, este escrito constituye la obra más conocida e influyente de toda su producción. Esta serie de cinco tratados redactados en forma de epístola tienen su origen en las disputas de carácter filosófico y teológico que el pensador irlandés mantuvo en la corte de la reina de Prusia Sophie Charlotte durante los años 1701 y 1702.

Toland, a raíz de la dura polémica surgida en 1696 tras la publicación de su primera obra *Christianity not Mysterious (Cristianismo no misterioso)*, había dirigido su campo de interés hacia la cuestión política, dedicándose fundamentalmente a la acción propagandística. Es en este contexto en el que llevará a cabo ediciones de los principales escritos de los padres del pensamiento republicano *whig* y luchará activamente por la sucesión protestante de la Corona de Inglaterra, publicando en 1701 *Anglia Libera*. De hecho, fue justamente esta obra lo que le permitió, por mediación de su patrón *whig* Robert Harley, acompañar a la delegación inglesa encabezada por Lord Macclesfield a la Corte de Hannover para entregarle a la Electriz Sophie (1630-1714) el *Act for the Limitation of the Crown* o *Act of Settlement*. Este acta, votado en el Parlamento inglés en junio de 1701<sup>5</sup>, aseguraba la continuación de

---

*Tolandiana: Errata, addenda e indici*, Ferrara, 1978. Por último, en español véase nuestro reciente e inédito estudio, presentado como tesis doctoral en la Universidad de Barcelona, «Religión, ciencia y política en la filosofía de John Toland» (2008).

- 2 A pesar de que tuvo una gran influencia histórica posterior. Así, mientras que en Inglaterra vemos cómo ésta se refleja en los escritos de J. Swift y de G. Berkeley, quienes, combatiendo a los *freethinkers* y a los deístas de la época, consideraban a Toland como su principal enemigo (el *Alciphron* de Berkeley es un claro ejemplo de ello), en Francia es visible la huella de Toland en pensadores tan importantes como Voltaire, el barón d'Holbach o Diderot. Asimismo, en Alemania es significativo el caso de G. W. Leibniz, quien redactó su conocido *Essai de Theodicée* en parte como reacción a las discusiones mantenidas con Toland en la corte de Prusia.
- 3 Las biografías clásicas sobre Toland son: *An Historical Account of the Life and Writings of the late Eminently Famous Mr. John Toland. Containing, I. A faithful Extract of his Works, and an Account of his Travels in Germany, Holland, etc. II. An Account of the Controversies wherein he was engaged, and a particular Enquiry into his Principles; His Philosophick Resignation to the Divine Will, and his Notions of Futurity at the Time of his Decease. III. An exact Catalogue of his Writings, published both with, and without his Name, and of the Manuscripts left behind him.* By one of his most intimate Friends. In a Letter to the Lord \*\*\*\*, Londres, 1722; Johann Lorenz von Mosheim: «De Vita, Fatis, et Scriptis Celeberrimi Viri, Ioannis Tolandi, Hiberni, Commentatio», en *Vindiciae Antiquae Christianorum Disciplinae, Adversus Celeberrimi Viri Jo. Tolandi, Hiberni, Nazarenum: Accedit De Vita, Fatis et Scriptis Ioannis Tolandi. Commentatio / Johannes Laurentius von Mosheim*. Editio secunda, priore longe auctior, Hamburgo, 1722; Pierre Desmaizeaux: «Some Memoirs of the Life and Writings of Mr. John Toland: in a Letter to S\*\*\* B\*\*\* L\*\*\* (26.V.1722)» en *A Collection of Several Pieces of Mr. John Toland*, Londres, 1726, vol. I, pp. III-XCII y «An Abstract of the Life of the Author», prefixed to *A Critical History of the Celtic Religion*, Londres, 1740, pp. 1-42 (citado de aquí en adelante como «Abstract»).
- 4 John Toland: *Letters to Serena*, B. Lintot, Londres, 1704 (Reproducción facsímil, con introducción de Günter Gawlick, Friedrich Frommann Verlag, Stuttgart-Bad Cannstatt, 1964). Todas las citaciones de esta obra se harán a partir de esta edición.
- 5 El acta se puede consultar en <http://www.australianpolitics.com/democracy/documents/act-of-settlement.shtml>.

la dinastía protestante en el pariente más cercano de los Estuardos, impidiendo así a los católicos una posible vuelta al poder en Inglaterra.

Esta comitiva diplomática<sup>6</sup> llega a Hannover sobre el 14 de agosto de 1701<sup>7</sup> con la intención de hacer entrega del Acta a la Electriz y a su familia, así como de ofrecer la entrada a la «Most Noble Order of the Garter»<sup>8</sup> al joven elector George Louis de Hannover, futuro George I de Inglaterra. El filósofo irlandés relatará posteriormente que en esa ceremonia «él fue el primero que tuvo el honor de arrodillarse y besarle la mano [a la Electriz Sophie]»<sup>9</sup>, obsequiándole a continuación con un ejemplar de su *Anglia Libera*<sup>10</sup>.

Esta primera estancia de Toland en Hannover se caracteriza también por toda una serie de nuevos contactos, siendo el más importante de ellos el iniciado con el filósofo G. W. Leibniz, amigo y consejero real<sup>11</sup>, quien le entregará personalmente sus *Annotatiunculæ*<sup>12</sup>, es decir, sus reflexiones nacidas a partir de la lectura de *Cristianismo no misterioso*<sup>13</sup>. Asi-

6 Compuesta por el propio Charles Gerard, Earl of Macclesfield y tres Lords *whigs* (Say and Sele, Mohun y Tunbridge). Junto a ellos viajaron también «Mr. King the Herald» y el Dr. Sandys, embajador de Capilla.

7 La llegada de la comitiva es descrita por Leibniz en su carta a Nicasio del 24 de agosto de 1701 que se encuentra recogida en *Die philosophischen Schriften von G. W. Leibniz. Hrsg. von C. I. Gerhardt, 7 vols., 1875-1890*, reeditado en Hildesheim, 1960-1961, vol. II (*Correspondenz*), p. 593. Véase asimismo el testimonio de la Electriz en su carta a Leibniz del 29 de octubre de 1701 y el de Leibniz en carta a Spanheim del 24 de junio de 1702, en *Correspondenz*, op. cit., vol. II, pp. 294 y 353 respectivamente.

8 Orden de caballería inglesa fundada en 1348 por Eduardo III. Es la más antigua del mundo y la más prestigiosa dentro del sistema de honor inglés.

9 J. Toland: *An Account of the Courts of Hannover and Prussia sent to a Minister of State in Holland*, Londres, 1705, p. 69.

10 La Princesa ya había tenido noticias de esta obra a través del informe que le transmitió Burnet de Kemney en su carta del 13/23 de junio de 1701 recogida en *Correspondenz*, op. cit., vol. II, p. 265. Cfr. asimismo N. Luttrell: *A Brief Historical Relation of State Affairs from September 1678 to April 1714*, Oxford 1857, vol. V, p. 67 (3 de abril –en realidad julio– de 1701). Según nos cuenta el autor del *Abstract*, la Electriz estuvo tan contenta que «a su partida, su Alteza la viuda Electriz y el Elector se le presentaron con diversas medallas de oro como espléndida remuneración por el libro que había escrito sobre la sucesión en defensa de su título y de su familia. Su Alteza condescendió en darle asimismo retratos de ella misma, del Elector, del joven príncipe y de su Majestad la Reina de Prusia pintados al óleo». *Abstract*, ed. cit., pp. 19-20.

11 Sobre las relaciones de Leibniz con la Electriz Sophie y su hija Sophie Charlotte, véanse las contribuciones de J. Mittelstraß («Der Philosoph und die Königin – Leibniz und Sophie Charlotte», pp. 9-27), A. Robinet («Leibniz und Sophie Charlotte. Von der Aufklärung zu den Aufklärungen», pp. 28-43), G. Utermöhlen («Die Rolle fürstlicher Frauen im Leben und Wirken von Leibniz», pp. 44-60), G. MacDonald Ross («Leibniz's Exposition of his Systems to Queen Sophie Charlotte and other Ladies», pp. 61-69) y G. van Heuvel («Leibniz zwischen Hannover und Berlin», pp. 271-280), recogidas en *Leibniz in Berlin. Symposium des Leibniz-Gesellschaft und des Institut für Philosophie, Wissenschaftstheorie, Wissenschafts- und Technikgeschichte der technischen Universität Berlin in Verbindung mit dem Bezirksamt Charlottenburg und der Verwaltung der staatlichen Schlösser und Gärten Berlin im Schloss Charlottenburg. Berlin, 10. bis 12. Juni 1987*. Hrsg. von H. Pöser und A. Heinekamp, Stuttgart, 1990.

12 *Annotatiunculæ Subitaneæ ad Librum de Christianismo Mysteriis carente: conscriptæ 8. Augusti 1701*, recogido en J. Toland: *A Collection of Several Pieces*, ed. cit., vol. II, pp. 60-76.

13 Para la relación filosófica entre Leibniz y Toland, véase F. H. Heinemann: «Toland and Leibniz», en *The philosophical Review*, LIV (1945), pp. 437-457; G. Carabelli: «J. Toland e G. W. Leibniz: otto lettere», en *Rivista critica di storia della filosofia*, XXIX (1974), pp. 412-431; G. Tognon: «Leibniz, Toland et Spinoza. Une lettre inédite à propos des *Lettres à Serena*», en *Bulletin de l'Association des amis de Spinoza*, XII (1984), pp. 2-11; M. Fichant: «Leibniz et Toland: philosophie pour princesses?», en *Revue de Synthèse*, 4 S., No. 2-3 (avr.-sept. 1995), pp. 421-439 y la introducción de Tristan Dagron a la edición francesa de *Letters to Serena (Lettres à Serena et autres textes*. Édition, introduction et notes par T. Dagron, Paris, 2004), pp. 9-68.

mismo, y gracias al interés por la filosofía por parte de la Electriz Sophie, Toland mantendrá en la Corte no sólo conversaciones de carácter filosófico y teológico con los consejeros de la Electriz, sino incluso con la misma Sophie durante sus en ocasiones solitarios paseos por los jardines de palacio<sup>14</sup>. Estas conversaciones tendrán su continuación en Berlín, a donde Toland marcha entre finales de septiembre y principios de octubre para ser recibido por la hija de la Electriz, la Reina de Prusia Sophie Charlotte<sup>15</sup>.

En la corte real de Lützenburg<sup>16</sup>, Toland se sentirá atraído por las extraordinarias dotes e inquietudes intelectuales de Sophie Charlotte, quien le animará a leerle tratados sobre diversas cuestiones filosóficas y teológicas. De esta manera, en el mes que permanece con la delegación inglesa en Berlín, Toland redacta y expone en voz alta ante la Reina una serie de discursos, entre los cuales se halla uno consagrado a la cuestión de los prejuicios en la vida de los hombres. De él se ha conservado el siguiente testimonio:

El Sr. Toland leyó delante de la Reina un discurso *sobre los prejuicios*, cuyos pensamientos están extraídos de la *Recherche de la vérité* de Malebranche, aunque el autor se jacta de ser original<sup>17</sup>.

A pesar del entusiasmo por estas lecturas y las vivas discusiones mantenidas en la Corte, el carácter agresivo, y en ocasiones arrogante, del filósofo irlandés en el arte de la disputa provocará que pronto empiece a ser mal visto en los círculos de la familia real<sup>18</sup>. Esta incipiente antipatía hacia Toland se convertirá en fría y prudente distancia, cuando el irlandés, ya instalado de nuevo en Inglaterra, publique a principios de 1702 *Reasons for addressing his Majesty to invite into England their Highness, the Electress Dowager and the Elector Prince of Hanover*, texto que provocará un conflicto diplomático entre Inglaterra y la casa de Hannover. En efecto, este escrito de Toland daba argumentos a los *tories* para denunciar la existencia de una conspiración por parte de los *whigs* (la facción política a la cual pertenecía Toland) a favor de la Electriz, sospecha ésta que cobraría más fuerza al fallecer Guillermo III (1650-1702) y acceder al trono su mujer, la reina Anna (1665-1714). Ésta mostrará durante su breve reinado no sólo cierta distancia ante la casa de Hannover, sino también sus simpatías por los *tories*, con lo que quedaba así en evidencia y empeoraba considerablemente la actuación y la reputación del filósofo irlandés.

14 Cfr. la carta de Leibniz a Burnet de Kemney del 27 de febrero de 1702 (*Correspondenz*, op. cit., vol. II, p. 333).

15 Que la hija fuera Reina de Prusia y la madre sólo Electriz de Hannover, se debe a un hecho puramente de enlaces: Sophie se casó con el Duque Ernst August en 1658, renunciando con ello (en Alemania, pero no en Inglaterra) a sus derechos de reina, mientras que Sophie Charlotte se casó con Friedrich de Brandenburg en 1681, convirtiéndose en los primeros reyes de Prusia el 18 de enero de 1701.

16 Como dato curioso, señalar que esta zona de Berlín se conoce hoy con el nombre de Charlottenburg en homenaje precisamente a la Reina Sophie Charlotte.

17 Testimonio de J. Lenfant citado por J. G. de Chauffepié en su *Nouveau dictionnaire historique et critique*, Amsterdam, 1756, vol. IV, art. «Toland», rem. (S), p. 452. Este discurso constituye el embrión de lo que será posteriormente su primera carta a Serena. Como se podrá observar en nuestra anotación al texto, esta apreciación de Lenfant merece ser matizada, puesto que si bien la influencia de Malebranche es clara y palpable, también es cierto que es fácilmente reconocible la profunda huella de Locke y, sobre todo, de Cicerón. No obstante, estas influencias en absoluto restan originalidad al texto de Toland.

18 Véanse los testimonios de Leibniz al barón de Schutz y a Spanheim, ambos del 24 de junio de 1702 (*Correspondenz*, op. cit., vol. II, pp. 352 y 353 respectivamente).

Es por esta razón que el anuncio de un segundo viaje por parte de Toland a Berlín en julio de 1702 es recibido con cierto pavor diplomático, como se reflejó en la fría recepción que se le brindó a su llegada el día 26 y durante toda su estancia hasta noviembre de ese mismo año<sup>19</sup>. No obstante, esta segunda visita a la Corte de la Reina de Prusia Sophie Charlotte resulta extraordinariamente productiva para Toland, puesto que es en este contexto en el cual se gestan la segunda, la cuarta y la quinta de sus *Cartas a Serena*.

Lo primero que conviene señalar en relación a estas cartas es el hecho de que la redacción en formato epistolar a una persona ficticia no constituía una novedad en la época, sino que, antes bien, era una forma bastante común de dirigirse tanto a una persona en concreto como a la opinión pública en general<sup>20</sup>. Asimismo, hay que indicar que, aunque estén agrupadas bajo el nombre de «cartas a Serena», éstas no están dirigidas a una misma persona.

Las tres primeras cartas, dedicadas a Serena, es decir, a la Reina Sophie Charlotte<sup>21</sup>, tienen como tema principal<sup>22</sup> la lucha contra los prejuicios, tal y como se plantea en la primera, titulada precisamente «El origen y la fuerza de los prejuicios»<sup>23</sup>. Esta primera carta tiene como finalidad exponer la precaria situación en la que se encuentra el hombre frente al gran poder de los prejuicios y de la superstición, encontrándose éstos tanto en su vida privada como en la pública, es decir, en la moral, en la educación, en la política y en la religión. En la segunda carta<sup>24</sup>, Toland pretende mostrar la fuerza de la superstición y de los prejuicios en los dogmas religiosos a través de la historia de la inmortalidad del alma entre los paganos. Tanto ésta como la siguiente epístola están principalmente dirigidas a probar cómo «en todas las épocas, la superstición es de hecho la misma, aunque puedan variar los nombres que ésta lleve» (Prefacio § 12).

La historia de la inmortalidad del alma que el filósofo irlandés delinea quiere demostrar que no fueron en absoluto los judíos los forjadores de tal dogma, sino que éste tenía su ori-

---

19 La Electriz ya había expresado su deseo de no querer ver a Toland, deseo que no fue cumplido, como se puede observar por las cartas del Barón de Schutz a Leibniz del 30 de junio / 11 de julio de 1702, la de Leibniz al Conde de Platen, primer ministro del Elector de B. L. del 29 de julio de 1702 y posteriormente la misiva de la Electriz a Leibniz del 11 de noviembre (*Correspondenz*, op. cit., vol. II, pp. 356, 357 y 384 respectivamente). Para juicios posteriores no muy benevolentes por parte de la Electriz y de Leibniz, véanse las cartas de Sophie a Leibniz del 2 de septiembre de 1702 y del 27 de septiembre de 1702, así como la carta de Leibniz a Sophie, sin fecha (*Correspondenz*, op. cit., vol. II, pp. 359, 369 y 379 respectivamente).

20 Cfr. la introducción de G. Gawlick a *Letters to Serena*, ed. cit., p. 5.

21 Bajo el nombre de «Serena» se encuentra, como reveló posteriormente el mismo Toland, la reina Sophie Charlotte, con quien había discutido en su corte en presencia de Leibniz sobre cuestiones metafísicas y morales. Cfr. *Adeisidaemon*, La Haya, 1709, p. 13. Sobre si la Reina tuvo conocimiento real de estas cartas, se han manifestado, entre otros, G. V. Lechler: *Geschichte des englischen Deismus*. Mit einem Vorwort und bibliographischen Hinweisen von Günter Gawlick. Georg Olms Verlagsbuchhandlung, Hildesheim, 1965 (Reprografischer Nachdruck der Ausgabe Stuttgart-Tübingen, 1841), pp. 463ss. y G. Berthold: *John Toland und der Monismus der Gegenwart*, Heidelberg, 1876, p. 15.

22 Por su contenido, las tres primeras cartas se encuentran en profunda relación con la obra programada por Toland en 1705 y no publicada *Superstition Unmask'd: wherein The nature and effects of this vice in all Religions are fairly display'd; containing I. Plutarch's Admirable Treatise of Superstition, with concise Notes: II. The preliminary Discourse of the celebrated Tanaquil Faber: and III. A Letter on the same Subject, principally distinguishing Superstition from Religion*, cuyos esbozos se hallan en el British Museum en Londres (Add. Ms. 4295, c. 71). El manuscrito se encuentra descrito en G. Carabelli: *Tolandiana*, ed. cit., p. 11.

23 Letter I: «The Origin and Force of Prejudices», en *Letters to Serena*, ed. cit., pp. 1-18.

24 Letter II: «The History of the Soul's Immortality among the Heathens», en *Letters to Serena*, ed. cit., pp. 19-68.

gen en el pueblo egipcio, el cual fue no sólo el educador de los judíos, sino también el de los griegos (pp. 28-45). Este dogma, que en su origen pretendía rendir culto a los grandes hombres más allá de su muerte, pronto sería «corrompido» por las fantasías de la plebe, los sacerdotes y los legisladores, quienes utilizarían tal creencia para educar al pueblo temeroso con el fin de que éste alcanzara la virtud (pp. 55-56). Con todo, sostendrá Toland, esta doctrina fue purificada y enaltecida por el cristianismo, que aparece en este contexto *en estricta* continuidad doctrinal con el paganismo (cfr. pp. 19 y 56).

Mientras que la segunda carta buscaba dilucidar el origen de la creencia en la inmortalidad del alma y su degeneración en superstición, la tercera<sup>25</sup> tiene como objetivo investigar «por qué medios se ha depravado de tal manera la razón de los hombres» (p. 69). Toland, a través de una breve historia de la religión, constata la existencia de una religión natural, en la cual no había ningún tipo de superstición y que se identifica con aquella propia de los pueblos antiguos (p. 71). A continuación, el filósofo irlandés describe la perversión y la degeneración de esta religión natural a causa de la superstición propia del pueblo, la cual es mantenida y fomentada por los sacerdotes, defendiendo finalmente la tesis de que las únicas armas capaces de hacer frente a la superstición son tanto la razón como la verdadera religión (p. 100).

La cuarta y quinta carta están dedicadas a la física, formando una unidad en principio desmarcada del resto de las tres precedentes. La primera de estas dos últimas epístolas lleva por título «A un noble en Holanda, mostrándole que el sistema filosófico de Spinoza no tiene ningún principio o fundamento»<sup>26</sup>. Toland, a partir de un análisis del denominado *Opus posthumum* de Spinoza, es decir, de su *Ética* y de su correspondencia, expone los principales rasgos de su física para objetarle a continuación su incoherencia al sostener, por un lado, que no hay principio trascendente alguno que sea origen del movimiento en la materia y, por el otro, negarle a ésta el principio del movimiento (p. 139). Con ello, Spinoza participaba, según el filósofo irlandés, del prejuicio extendido desde Anaxágoras, según el cual el movimiento no era ningún principio y la materia era inactiva (p. 142).

Toland llevará a cabo el desarrollo filosófico de esta tesis del principio del movimiento en la materia en la última epístola<sup>27</sup>, donde pretende demostrar cómo «toda la materia en la naturaleza, toda parte y parcela de ella, ha estado siempre en movimiento y no puede ser de otra manera» (p. 167). Con esta doctrina, el filósofo desea refutar la crítica realizada por un «noble amigo»<sup>28</sup> a su anterior carta, exponiendo a continuación

25 Letter III: «The Origin of Idolatry and Reasons of Heathenism», en *Letters to Serena*, ed. cit., pp. 69-130.

26 Letter IV: «To a Gentleman in Holland, showing SPINOSA'S System of Philosophy to be without any Principle or Foundation», en *Letters to Serena*, ed. cit., pp. 131-162. La identidad del interlocutor de Toland en esta cuarta carta es todavía un misterio. Tristan Dagron avanza la tesis de que es posible que se trate de Georg Wachter, autor del *Elucidarius cabalisticus*, obra que, si bien se publicaría en 1706, parece ser que en el verano de 1702 ya estaría redactada. Éste habría discutido, según Dagron, con el irlandés en la Corte de Sophie Charlotte acerca de cómo habría que concebir la filosofía de Spinoza. Véase *Lettres à Serena*, ed. cit., pp. 55-60 y 145, nota 1.

27 Letter V: «Motion essential to Matter; in Answer to some Remarks by a noble Friend on the Confutation of SPINOSA», en *Letters to Serena*, ed. cit., pp. 163-239.

28 La identidad del «noble amigo» y destinatario de la quinta epístola parece, en este caso, fuera de toda duda después de las investigaciones de Stuart Brown publicadas en su artículo «Two Papers by John Toland. His 'Remarques Critiques sur le Système de M. Leibnitz...' and the last of his *Letters to Serena*», en *I Castelli di Yale. Quaderni di filosofia* IV (1999), pp. 58-60. En efecto, el «noble amigo» de Toland parece ser Jakob

su sistema cosmológico, profundamente influenciado por el pensamiento de Giordano Bruno<sup>29</sup> y en clara polémica con la física de Isaac Newton.

## II. Carta a Serena I: La lucha contra los prejuicios

Tras este breve esbozo sobre el origen y el contenido del proyecto filosófico que John Toland quería llevar a cabo con *Cartas a Serena*, podemos centrarnos ahora con mayor detenimiento en el análisis de esta epístola que presentamos aquí en traducción al español. Para conocer mejor la intención de Toland con esta primera carta a Serena, cuya lectura fue calificada por el filósofo irlandés como esencial para comprender «todos mis otros escritos»<sup>30</sup>, haremos bien en prestar atención a las líneas que le dedica en el prefacio de su obra, en las que sostiene que

---

Heinrich von Fleming, aristócrata sajón que estuvo en la Corte de Berlín en el mismo periodo en el cual se concibieron estas dos epístolas, es decir, en otoño de 1702, y con quien seguramente discutió, presentándole los argumentos que en esta epístola se propone rebatir (más detalles biográficos sobre von Fleming en *Polski Słownik Biograficzny*, Cracovia, 1948, vol. VII, pp. 32-34). Por otro lado, la discusión en torno a la génesis de esta quinta carta nos lleva a tratar otra problemática en los estudios tolandianos. Si bien la mayoría de los especialistas han negado que Toland sea autor de las *Remarques Critiques* (autoría no negada, por otro lado, por Caribelli en *Tolandiana*, op. cit., pp. 195-196), esta obra se nos presenta como esencial, al ser un comentario de estas dos últimas cartas y estar dirigidas principalmente contra Leibniz. En efecto, las *Remarques Critiques sur le Système de Monsr. Leibnitz de l'Harmonie préétablie; où l'on recherche en passant pourquoi les Systèmes Metaphysiques des Mathématiciens ont moins de clarté, que ceux des autres: écrites par ordre de Sa Majesté la feuë Reine de Prusse*, que aparecieron anónimamente en *Histoire critique de la République des Lettres* (XI, 1716, pp. 116-128), guardan una estrechísima relación con esta quinta carta, sobre todo en lo que se refiere a la crítica a las abstracciones matemáticas y a su peligroso e inadecuado uso para la filosofía, lo que le conduce al autor a criticar el sistema monadológico de Leibniz y a calificar a éste como buen matemático, pero pésimo filósofo. Para un estudio detallado sobre esta cuestión hay que ir tanto al trabajo ya citado de S. Brown, como también al excelente artículo de Antonio Lamarra «An Anonymous Criticism from Berlin to Leibniz's Philosophy. John Toland against Mathematical Abstractions», en *Leibniz in Berlin*, op. cit., pp. 89-102 y a R. S. Woolhouse: «John Toland and 'Remarques Critiques sur le Système de Monsr. Leibnitz de l'Harmonie préétablie'», en *Leibniz Society Review*, VIII (1998), pp. 80-87. Véase, asimismo, el artículo ya mencionado de F. Heinemann «Toland and Leibniz». Leibniz, quien intuía que estas afirmaciones podían provenir de la pluma del irlandés, publicó una respuesta a estas *Rémarques*, que se hallan editadas en C. I. Gerhardt: *Die philosophische Schriften von G. W. Leibniz*. Berlín, 1885, Bd. VI, pp. 624-629, bajo el título «Ohne Ueberschrift, enthaltend ein Schreiben Leibnizens an Masson, den Herausgeber der Histoire critique de la République des Lettres tant Ancienne que Moderne».

29 Para la relación Bruno-Toland, véanse los estudios de G. Aquilecchia: «Nota su John Toland traduttore di Giordano Bruno», en *English Miscellany*, IX (1958), pp. 77-86 y «Scheda bruniana: la traduzione 'tolandiana' dello Spaccio», en *Giornale storico della letteratura italiana*, vol. CLII (1975), pp. 311-313 (ahora también en *Schede bruniane (1950-1991)*, Manziana, 1993, pp. 279-280); C. Giuntini: «Toland e Bruno: ermetismo 'rivoluzionario'?, en *Rivista di filosofia*, vol. CXVI (giugno 1975), pp. 199-235; M. Rita P. Sturlese: «Postille autografe di John Toland allo Spaccio del Bruno», en *Giornale critico della filosofia italiana*, LXV (1986), pp. 27-41; J. Seidengart: «L'infinetisme panthéiste de John Toland et ses relations avec la pensée di Giordano Bruno», en *Revue de Synthèse*, N. 2-3 (avr.-sept. 1995), pp. 315-342 y G. Sacerdoti: «Toland e la 'lettura moderna' di Bruno», en *Rivista di storia della filosofia*, LVIII (2003), pp. 505-513. En español, permítasenos remitir al lector a nuestro futuro estudio «*Ecrasez l'infâme!* La recuperación de la filosofía bruniana por parte de John Toland».

30 Carta del 28 de diciembre de 1709, en Amsterdam, a un desconocido. La carta se halla en el BM Add. MSS 4465, f. 7 y fue publicada por vez primera por F. H. Heinemann en «John Toland and the Age of Enlightenment», *Revue of English Studies*, vol. 20, n° 78 (abril de 1944), p. 129.

el tema de esta primera carta es *El origen y la fuerza de los prejuicios*, no a partir de sus causas físicas, sino morales<sup>31</sup>. La carta tuvo su origen en el momento en el cual le mostré a Serena el siguiente pasaje de Cicerón<sup>32</sup>: «No hay padre, ni nodriza, ni maestro, ni literato, ni teatro que deforme nuestros sentidos, ni opinión pública que los desvíe de la verdad; a nuestros espíritus, en cambio, se tienden toda clase de celadas, ya por aquellos que acabo de enumerar, pues, encontrándolos sin formación ni experiencia, hacen de ellos y los doblegan como quieren, ya por aquella sensualidad que se esconde insidiosamente en todos los sentidos, fingidora de bondad y madre de todos los males, cuyos halagos pervierten de suerte que incapacitan para discernir bien, por faltarle aquel dulzor y atractivo, lo que es bueno por naturaleza»<sup>33</sup>. Admirando la fuerza magistral y, todavía más, la sencillez natural de estas palabras, me confesó que, después de descubrir que muchos prejuicios eran realmente tales, no podía sentirse, sin embargo, completamente curada de su influencia y de sus frecuentes retornos. Por ello me pidió que escribiera mi opinión sobre esta materia, lo cual he llevado a cabo de la manera más concisa posible, tomando este pasaje como guía para mi texto. En él he mostrado la sucesiva formación y el incremento de los prejuicios a lo largo de cada fase de nuestras vidas y he probado que todos los hombres en el mundo están unidos en la misma conspiración para depravar la razón de todo individuo. He trazado sucintamente un cuadro tan vivo como he podido de los prejuicios en todas las condiciones de los hombres. No he criticado cosa alguna excepto aquello que cada uno censura en los demás, a pesar de lo indulgentes que puedan ser con sus propios errores. Y aquel que infiera que estoy en contra de la educación o de la religión o del gobierno por lo que he censurado a las escuelas, a las universidades, a las iglesias o a los políticos, podría pretender con buenos motivos que estoy en contra de la educación y del cuidado de los niños, de todas las profesiones y negocios, contra la conversación ordinaria o contra la vida en sociedad, puesto que ninguno de ellos está libre de sus particulares abusos, siendo justamente el hecho de que ellos sean sólo tales abusos lo que yo desapruébo<sup>34</sup>.

Es decir, Toland se propone exponer y analizar el origen de los prejuicios en el ser humano señalando cómo nada más nacer empiezan a corrompernos mediante una serie de influencias que afloran ya desde el mismo útero materno y en virtud de las cuales vamos creciendo en absoluta sumisión a una tradición y a unas costumbres que se revelan, para

31 En la carta del 28 de diciembre de 1709 mencionada en la nota anterior, Toland afirma sobre este mismo texto que «el origen y la fuerza de los prejuicios es el tema que yo explico tanto por razones físicas como por causas morales».

32 Toland estuvo tan fuertemente influenciado por el cónsul latino, que incluso redactó un *Cicero illustratus, Dissertatio Philologico-Critica: sive Concilium de toto edendo Cicerone, alia planè methodo quàm hactenus unquam factum* (en *A Collection of Several Pieces*, op. cit., vol. I, pp. 229-296), con la intención de llevar a cabo una edición crítica de su obra. Cfr. G. Gawlick: «Cicero and the Enlightenment», en *Studies on Voltaire and the Eighteenth Century*, XXV (1963), pp. 657-682 y Robert R. Evans: *Pantheisticon. The Career of John Toland*, op. cit., pp. 153 y ss.

33 Marco Tulio Cicerón: *Las leyes*, I, 17 (citamos según la edición de Alvaro d'Ors para Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1953, pp. 94-95).

34 J. Toland: *Letters to Serena*, ed. cit., Prefacio §10.

aquel que hace un uso libre y recto de su razón, como supersticiosas y perniciosas. Este «contagio» al cual está sometido el hombre desde su nacimiento se transmitirá a través de la familia, de los mitos y de los cuentos escuchados y aprendidos en la escuela, del fomento de la ignorancia en las universidades, encontrando su continuación en las relaciones sociales. Todo este proceso es descrito por Toland con una perspicacia y una agudeza tales que incluso hoy, trescientos años después de su redacción, estas reflexiones críticas mantienen sorprendentemente toda su vigencia y actualidad.

Esta denuncia de la precaria situación en la que se encuentra todo ser humano, el peligro del «contagio» y de la «infección» por parte de los prejuicios que le rodean y la necesidad de eliminar tales supersticiones de la vida de los hombres con el fin de que éstos alcancen la salud mental y espiritual encuentra, por otro lado, su equivalente histórico y filosófico en la *Carta a Meneceo* de Epicuro. En efecto, mientras que en esta epístola el fundador de la Escuela del Jardín pretendía acabar con el temor a los dioses, el miedo a la muerte y al porvenir y exponer, con su doctrina del placer y del dolor, el ideal de la ataraxía o «imperturbabilidad del alma», Toland desea eliminar definitivamente del hombre todo rastro de prejuicio y superstición esclavizadora. De esta manera, la primera carta a Serena de Toland tiene la misma función propedéutica que la *Carta a Meneceo* de Epicuro, es decir, acabar con aquellas cadenas que esclavizan espiritualmente al ser humano con la intención de que éste alcance la libertad mediante un uso recto y adecuado de su razón y viva así «como un dios entre los hombres»<sup>35</sup>.

#### Nota filológica

De esta primera carta a Serena se conservan dos versiones: una en inglés y otra en francés. Toland, si bien en 1704 publica en inglés las *Cartas a Serena*, entre agosto y octubre de 1710<sup>36</sup> envía al barón de Hohendorf, bibliotecario del príncipe Eugenio de Saboya (conocido «libertino» dueño de una importante biblioteca compuesta en su mayoría de obras clandestinas de carácter subversivo y heterodoxo<sup>37</sup>), una serie de tratados en francés (entre los cuales se encuentran las dos primeras cartas a Serena) que serán conocidos posteriormente con el nombre de *Dissertations diverses de Monsieur Tolandus*<sup>38</sup>.

35 Como se sabe, con estas palabras concluye Epicuro su *Carta a Meneceo*. Para una edición en español, véase Epicuro: *Obras*. Traducción, estudio preliminar y notas de Montserrat Jufresa, Altaya, Madrid, 1994, pp. 57-65.

36 A pesar de que en los manuscritos de las dos primeras cartas a Serena enviadas al príncipe de Saboya no se encuentra mencionado «ni lugar ni fecha de redacción o de transcripción», se deduce por el conjunto, en el cual sí hay indicaciones, que podrían haber sido escritas por estas fechas. Cfr. Introducción de L. Mannarino a *Dissertations diverses*. Édition, introduction et notes par Lia Mannarino, París, 2005, p. 24.

37 Una de las mayores pasiones del filósofo irlandés eran las bibliotecas, donde pasaba tantas horas de estudio e investigación, que incluso C. Giuntini llega a calificarle como *Bookworm* (C. Giuntini: *Panteísmo e ideología republicana: John Toland*, op. cit., p. 168). Véase para esta cuestión el primer capítulo («'The traffic of books': libraries, friends and conversation») de la obra de J. Champion: *Republican Learning*, op. cit., pp. 25-44.

38 Para una descripción detallada de su contenido, véase G. Ricuperati: «Libertinismo e deísmo a Vienna: Spinoza, Toland e il Triregno», en *Revista storica italiana*, 79 (1967), pp. 628-695 (ahora también en *L'esperienza civile e religiosa di Pietro Giannone*, Milán-Nápoles, 1970, pp. 395-492; la primera carta se halla descrita en la p. 415).

De estas *Dissertations* existen a su vez dos versiones: la original enviada a Hohendorf con citas en griego<sup>39</sup> y la copia hecha por aquél sin las citas eruditas para el príncipe de Saboya<sup>40</sup>. Por lo que se refiere a la primera carta a Serena, hay que señalar que ésta no contenía citaciones ni en griego ni en latín<sup>41</sup>, por lo que se mantiene idéntica en ambos manuscritos franceses.

El origen de esta versión francesa de las *Cartas a Serena* es, con todo, problemático, ya que al no disponer el manuscrito original enviado a Hohendorf de indicación alguna sobre la fecha y el lugar de composición, se desconoce cuándo fue *realmente* redactada, es decir, si es una versión preliminar de la carta publicada en inglés en 1704 o si se trata de una traducción posterior con añadidos. Sea como fuere, parece que se podría especular con bastante verosimilitud con el hecho de que este texto francés constituiría si no el original redactado para ser leído ante la Reina Sophie Charlotte durante su primera estancia en Berlín, sí una posible reformulación de aquel texto que debió servir de base para su exposición oral, lo cual estaría en plena concordancia con la concepción de la filosofía del irlandés<sup>42</sup>, quien habría modificado el texto de acuerdo a su destinatario, radicalizando y exponiendo con mayor libertad aquellas posturas ideológicas que, por prudencia, había suprimido en el texto llevado a la imprenta<sup>43,44</sup>.

A la hora de realizar esta traducción se ha tenido como texto base el publicado en inglés en 1704<sup>45</sup>. En las notas hemos indicado las diferencias más significativas existentes frente

39 Conocido como «codex o manuscrito Hohendorf», este texto se encuentra en la *Österreichische Nationalbibliothek* de Viena (ÖNB) bajo la signatura 10325 (la primera carta se halla en f. 84r-92v). A partir de este códice se publicaron las epístolas por vez primera en John Toland: *Lettres à Serena et autres textes*, op. cit. y, posteriormente, en *Dissertations diverses*, op. cit.

40 Bajo la signatura 10389 se conservan también en la ÖNB, estando las *Cartas a Serena* en f. 19r-57r.

41 L. Mannarino afirma en su introducción a las *Dissertations diverses* (op. cit., p. 27) que tanto en esta versión enviada al príncipe de Saboya como en el texto preparado para su lectura ante la Reina de Prusia las citas en lenguas clásicas se habrían evitado (cfr. también John Toland, *Letters to Serena*, «The Preface», § 8).

42 Después de la reacción airada que provocó su *Cristianismo no misterioso*, Toland, reconociendo el verdadero carácter del ser humano, se insertará en aquella tradición filosófica que arranca ya de la Antigüedad y que sostiene la necesidad por parte del sabio de utilizar dos vías de comunicación completamente distintas: la exotérica y la esotérica. Mientras que con la difusión exotérica, el filósofo acomodaba su doctrina a la opinión reinante en la sociedad en la que vivía y evitaba así ulteriores conflictos innecesarios ya fueran con el Estado, ya fueran con la Iglesia, con la transmisión esotérica se expresaba con total libertad y claridad ante unos pocos intelectual y moralmente capacitados exponiendo su pensamiento real y mostrando así las consecuencias lógicas y reales de sus principios. Para esta teoría de la doble verdad en Toland, véase no sólo su primera exposición en *Cartas a Serena*, sino también –y ya de manera sistemática– su tratado publicado en inglés *Clidophorus* (en *Tetradymus*, 1720), así como el escrito redactado en latín que circuló clandestinamente por toda Europa *Pantheisticon* (1720).

43 Cfr. Dagron, quien sostiene que «la versión ‘Hohendorf’ aparece como la más coherente y, por consiguiente, como la más ‘auténtica’. Suponiendo un trabajo de censura (o autocensura) llevado a cabo por sustracción, no es inverosímil afirmar que esta versión francesa, más larga y más explícitamente heterodoxa, esté en parte fundada sobre una versión anterior a aquella de la de las *Letters* de 1704». Introducción de T. Dagron a *Lettres à Serena*, op. cit., p. 7.

44 Este manuscrito Hohendorf circuló de manera clandestina a partir de entonces. Junto a esta versión francesa de las *Cartas a Serena* hay que señalar la traducción anónima conservada en Helsinki y que sirve de base a la edición citada de T. Dagron, la versión pública d’Holbach bajo el título de *Lettres philosophiques. Sur l’origine des Préjugés, du Dogme de l’Immortalité de l’Ame, de l’Idolâtrie & de la Superstition; sur le Systême de Spinoza & sur l’origine du mouvement dans la matiere* (Traduites de l’Anglois de J. Toland [traducción atribuida a Paul Henri Thiry, Barón d’Holbach, con anotación de J.A. Naigeon], Londres, 1768) y la traducción de las cartas IV y V a cargo de J.A. Naigeon publicadas en *Encyclopédie méthodique. Philosophie ancienne et moderne*, París, 1794, vol. III, s. v. «Toland», pp. 666-725.

45 En la reproducción facsímil ya citada de Günter Gawlick, pp. 1-18.

al denominado «manuscrito Hohendorf» (MH)<sup>46</sup>, con la intención de identificar y poner de relieve el carácter subversivo y radical de esta epístola.

Asimismo, se han consultado tanto la versión francesa publicada por Tristan Dagron<sup>47</sup> (quien ofrece un magnífico aparato de notas que ayuda a contextualizar y a entender con precisión las palabras de Toland), como la traducción italiana de Chiara Giuntini<sup>48</sup>.

Así, y a la espera de poder ofrecer al lector español una edición de los principales textos de John Toland, presentamos a continuación a modo de anticipo esta importantísima carta que sirve de introducción a la obra de aquel filósofo que fue calificado en su época como «el gran oráculo de los Anticristianos»<sup>49</sup>.

### III. Texto

#### Cartas a Serena

##### Carta I. El origen y la fuerza de los prejuicios

1. Os quejáis, Señora, de que sois<sup>50</sup> en gran medida todavía cautiva de muchos prejuicios y yo me pregunto cómo es posible que os hayáis podido rodear de tantos. Os sentiréis fácilmente reconfortada y abrigaréis una mejor opinión de Vos misma, si consideraréis seriamente en qué miserable condición nacen todos los seres humanos y cómo es imposible no ser educados en el error, qué difícil es liberarse de las propias preconcepciones a una edad madura<sup>51</sup> y qué peligroso es hacerlo cuando éstos adquieren una buena disposición gracias al descubrimiento de la verdad<sup>52</sup>.

2. Ahora, puesto que así lo deseáis, expondré brevemente esta cuestión desde el principio, mostrando en qué grado nuestros prejuicios se forman y qué fuerza adicional reciben incesantemente durante su crecimiento. Todos nosotros participamos en gran medida de las inclinaciones de aquéllos que nos dan la vida y de las pasiones que son predominantes en la sangre de la familia<sup>53</sup>. Y si nuestros rasgos y nuestras acciones no fueran argumentos infa-

46 El texto se halla recogido, como ya hemos señalado, tanto en la edición francesa de las *Cartas a Serena* de T. Dagron (*Lettres à Serena et autres textes*, op. cit.) como en las *Dissertations diverses* (op. cit.). Las diferencias filológicas entre estas dos reproducciones se refieren únicamente a una cuestión de transcripción (básicamente, a la modernización de la ortografía). A la hora de realizar la traducción se han tenido ambas ediciones a la vista, aunque citaremos por la paginación de la obra de T. Dagron.

47 John Toland: *Lettres à Serena et autres textes*, op. cit., pp. 71-83.

48 John Toland: *Opere*. A cura di Chiara Giuntini. Turín, 2002, pp. 210-219.

49 Jonathan Swift: «An Argument to prove that the Abolishing of Christianity in England, may as things now stand, be attended with some Inconveniencies, and perhaps not produce those many good Effects proposed thereby» (1708), en *Major Works*. Edited with an Introduction and Notes by Angus Ross and David Woolley, Oxford, 2003, p. 225.

50 «a pesar de que os cuidáis», especificaba el MH (p. 315).

51 «Qué difícil es liberarse de los prejuicios de la infancia cuando se avanza con la edad», se afirmaba en MH (p. 315).

52 La cuestión del peligro del sabio que se ha liberado de los prejuicios es una constante en la filosofía tolandiana y se halla teorizada en la segunda y en la tercera carta a Serena. Véase asimismo, el prefacio a *Cristianismo no misterioso*, sus tratados *Clidophorus* y *Hypathia* (ambos en *Tetradymus*) y, sobre todo, el *Pantheisticon*. Cfr. también el ideal del sabio expuesto en el *De la sagesse* (1601) de Pierre Charron, obra que puede considerarse como una de las posibles fuentes de esta epístola de Toland.

53 «de la cual procedemos», añadía MH (p. 315).

libles de que estamos sujetos a recibir buenas o malas impresiones en el útero materno, las extraordinarias señales que a veces llevamos causadas por los antojos de nuestras madres<sup>54</sup> o por algún otro accidente (que a veces recuerdan) proporcionarían la prueba suficiente de que el fundamento de nuestros prejuicios yace ya ahí muy fuertemente antes de que nazcamos<sup>55</sup>. El temperamento que recibimos en la primera formación nos da no sólo una disposición a este o aquel humor y hábito en particular, sino también una visible predisposición a la mayoría de las acciones de nuestra vida futura, la cual no se curará a no ser por un gran esfuerzo y ejercicio de la razón<sup>56</sup>.

3. Tan pronto como vemos la luz, el gran engaño empieza a afectarnos por todas partes. Ya la misma comadrona nos trae al mundo con ceremonias supersticiosas y las buenas mujeres que la asisten en la labor tienen mil hechizos para prevenir la desgracia o para procurar la felicidad del niño, haciendo comentarios diversos y ridículos para descubrir el destino de su vida futura. También el sacerdote está presente en estos chismorreos para iniciarle pronto en su servicio mediante la pronunciación de ciertas fórmulas, así como de poderosos encantamientos y usando los delicados símbolos de la sal o del aceite o las severas aplicaciones del hierro o del fuego o marcándole de alguna otra manera, como si el recién nacido fuera de su propio derecho y propiedad para el futuro. El niño, es cierto, no está afectado todavía por ninguna de estas o semejantes sandeces, sea cual sea la virtud que después le persuade permitir las, pero lo dicho muestra qué pronto aquéllos que le rodean empiezan desde un principio a infectarle<sup>57</sup> (si pudieran) con sus propios errores y qué laboriosamente cada uno con los que él posteriormente tendrá que relacionarse se esfuerza en depravar su razón desde el mismo inicio. De esta forma, no recordando ni cuándo, ni dónde, ni cómo llegó a varias de estas nociones, estará tentado a creer que proceden de la naturaleza misma y se sorprenderá al encontrar a alguien que pueda cuestionar su verdad, como aparecerá más evidente a partir de las siguientes reflexiones<sup>58</sup>.

54 En MH se formulaba de la siguiente manera esta frase: «no obstante las marcas extraordinarias que llevamos a menudo en nuestro cuerpo (causadas por los antojos de mujeres encintas o por cualquier otro accidente que la mayor parte de ellas recuerdan muy bien)» (p. 315).

55 Cfr., desde un punto de vista cristiano la similar concepción de Nicolas Malebranche expuesta en su obra *De la recherche de la vérité* (1674-1675), II, iii, 6, § 2, p. 210 (Citamos a partir de la edición de G. Rodis-Lewis, París, 1965).

56 Decía al respecto Malebranche que «los niños dentro del seno de sus madres, el cuerpo de los cuales no está todavía del todo formado y que están en sí mismos en un estado de debilidad y de escasez de lo más grande que se pueda concebir, deben estar también unidos a sus madres de la manera más estrecha que se pueda imaginar. Y aunque sus almas estén separadas de la de sus madres, sus cuerpos no están separados del seno, por lo que tienen los mismos sentimientos y las mismas pasiones, en una palabra, todos tienen los mismos pensamientos que se azuzan en el alma con ocasión de los movimientos que se producen dentro del cuerpo». *De la recherche de la vérité*, II, i, 7, § 1 (ed. cit., p. 119).

57 Concepto clave en este tratado que se encuentra de nuevo en el §13 y que se halla en estrecha relación con el de «contagio» que aparece en el §12 (véase para más detalles nuestra anotación *ad locum*).

58 En éste, como en varios pasajes de esta epístola, aparece de forma clara la influencia del *Ensayo* de John Locke, autor por el cual Toland mostró siempre una gran veneración. Para este apartado, véase *Ensayo sobre el entendimiento humano*, I, iii, §§ 22 y 23, así como el § 25 donde se afirma que «éste es evidentemente el caso de todos los niños y gente joven; y la costumbre, un poder más fuerte que la naturaleza, pocas veces deja de impulsarlos a adorar como divino cuanto los ha acostumbrado a acatar en sus mentes y a aceptar con sus entendimientos. No es sorprendente que los *hombres* en una edad madura, cuando están ocupados o en los quehaceres de la vida o sumidos en la búsqueda de los placeres, no se pongan seriamente a *examinar sus credos*; y muy particularmente

4. Poco después de nacer se nos entrega a las niñeras, mujeres ignorantes del más miserable vulgo, las cuales nos infunden sus errores junto con su leche, atemorizándonos para que estemos quietos con amenazas de fantasmas<sup>59</sup>, esqueletos y monstruos<sup>60</sup>. Y para que no nos extraviemos fuera o caigamos en pozos o ríos, nos aterrorizan con historias de espíritus y duendes, haciéndonos creer que todos los lugares solitarios están embrujados y que los poderes invisibles son principalmente activos y maléficos por la noche<sup>61</sup>. Lo que se inventa así al principio para tener a los niños bajo control (un control que hace de ellos esclavos miserables para siempre) es creído concienzudamente incluso cuando se hacen mayores, gracias a lo cual toda una generación y un país se persuade finalmente de ello hasta tal punto que muchas personas (de algún modo suficientemente prudentes) no se atreven a dormir solas en una habitación, ni a viajar si no es de día, ni mucho menos tienen el coraje de entrar en casas o iglesias vacías<sup>62</sup>.

5. De nuestras niñeras se nos lleva a casa, donde se nos pone todavía en peores manos entre sirvientes holgazanes e ignorantes, cuyos principales entretenimientos son discursos sobre hadas, elfos, brujas, fantasmas errantes, agoreros, astrólogos-consultores u otras actividades quiméricas parecidas, deleitándose en atemorizar y engañarse mutuamente para proseguir con sus intrigas privadas. Todas estas cosas, dejando de lado la intención con la que se hagan, nunca dejan de producir impresiones fatales en los niños; y, en muchos casos, nuestros padres no son más sabios<sup>63</sup>.

---

cuando uno de sus principios consiste en que los principios no deben ser cuestionados [...] ¿Y qué le puede impedir pensarlos como los más sagrados, cuando se advierte que, de todos sus pensamientos, éstos son los primeros en el tiempo y los más venerados por los demás hombres?» (citamos, con algunas modificaciones, según la traducción de Edmundo O’Gorman, prólogo de José A. Robles y Carmen Silva, F. C. E., México, 1999<sup>2</sup>, p. 58). Cfr. asimismo Charron: *De la sagesse*, I, 15.

59 El original dice «Rawheads and Bloody-bones», que son dos formas diferentes de denominar a un tipo de monstruo originario de la tradición irlandesa (aunque posteriormente pasó a la cultura del Reino Unido y de Estados Unidos) y que se caracteriza por vivir cerca de los sitios donde había agua, ahogando a los niños que, haciendo caso omiso de sus mayores, se acercaban solos a esos lugares.

60 Véase lo que Malebranche afirma en su obra *De la recherche de la vérité* (II, i, 8, § 1) cuando escribe que «la conversación ordinaria que los niños están obligados a tener con sus nodrizas o con sus madres, las cuales a veces no tienen educación alguna, acaba por perderles y por corromperles por completo su espíritu. Estas mujeres no les entretienen más que con necedades, con cuentos ridículos o capaces de asustarles [...] En una palabra, ellas ponen en sus espíritus las semillas de todas las debilidades que ellas mismas tienen, así como de sus extravagantes temores, de sus ridículas supersticiones y de otras debilidades semejantes» (ed. cit., pp. 135-136). Véase, en general, todo el capítulo octavo, así como la conclusión de los dos primeros libros de esta obra, donde se afirma además que la unión con los padres y las niñeras nos conduce únicamente «a creer y a querer imitar a nuestros padres y a nuestras nodrizas en todas las cosas» (II, iii, 6, §2; ed. cit., p. 210).

61 Decía Locke en relación al miedo a la oscuridad, que «las ideas de duendes y trasgos no guardan en realidad mayor relación con la oscuridad que con la luz; pero basta que una sirvienta atolondrada inculque con frecuencia esas ideas en la mente de un niño y las cultive allí reunidas y es posible que el niño no pueda ya separarlas mientras viva y, en adelante, la oscuridad traerá siempre consigo aquellas ideas espantosas y estarán unidas de modo que no podrá soportar la una más que la otra». *Ensayo sobre el entendimiento humano*, II, xxxiii, §10 (ed. cit., p. 384; traducción con algunas modificaciones).

62 Cfr. Malebranche: *De la recherche de la vérité*, II, iii, 6, §1 (ed. cit., pp. 205-210).

63 En MH Toland añadía que «no es necesario que insista en la manera vil de actuar y de hablar de los sirvientes, puesto que los más sublimes genios no dejan de estar de alguna manera imbuidos por ellos y puesto que no se pueden deshacer de ellos si no es después de haber tratado durante largo tiempo con el mundo elegante; pero hay otras personas que desgraciadamente se resienten toda su vida» (p. 317).

6. Luego se nos manda a la escuela, donde toda la juventud llega igualmente infectada de casa y no escuchan nada más que historias de demonios, ninfas, genios, sátiros, faunos, apariciones, profecías, transformaciones y otros maravillosos milagros. Nos contamos entre nosotros todas nuestras historias una y otra vez; y lo que podría haber estado oculto para un niño procedente de una familia prudente, éste está seguro de poder escucharlo en la escuela, donde se lleva a tantos niños juntos no para mejorarse mutuamente (lo cual no puede suponerse de tal conversación), sino para comunicarse sus mutuos errores y sus hábitos viciosos, para crecer más holgazanes y conocer malos ejemplos. Devoramos ávidamente poetas, oradores y mitólogos, aprendiéndonos de memoria grandes extractos de sus ficciones, estando sorprendidos y conquistados por los encantos de su estilo, número y composición; gracias a lo cual tragamos el veneno de sus errores con inexpresable placer y colocamos un gran fundamento para la futura credulidad, adquiriendo insensiblemente una disposición para escuchar cosas raras y maravillosas, para imaginar que creemos lo que sólo tememos o deseamos, para pensar que estamos convencidos cuando no estamos sino que confundidos y para tragarnos todo aquello que no podemos comprender<sup>64</sup>.

7. Poco más sabios, aunque sí mucho más vanidosos y presuntuosos, nos hacemos en las universidades, especialmente en las extranjeras<sup>65</sup>, donde los profesores (acertada o erróneamente) tienen que acomodar todas las cosas a las leyes y a la religión del país. Y si entran alguna vez de hurtadillas en la libertad de filosofar, caen generalmente en los extremos, o bien haciéndonos creer muy poco o demasiado en los sentidos o bien divirtiéndonos con abstracciones ilusorias y sutilidades que conducen el tema fuera de nuestra visión y lo reducen finalmente a la mera nada. La universidad es el más fértil criadero de prejuicios, el más grande de los cuales consiste en que pensamos que allí lo aprendemos todo, cuando en realidad no se nos enseña nada: únicamente recitamos de memoria y con absoluta convicción las precarias nociones de nuestros sistemas, las cuales si son negadas por otra persona, no tenemos ni una palabra más que añadir más allá de nuestros lugares comunes ni ofrecemos ningún argumento para satisfacer al oponente o a nosotros mismos. Sin embargo, nuestro consuelo es que sabemos tanto como nuestros maestros, quienes acostumbra a hablar una jerga bárbara que por lo común no significa nada, siendo el principal arte que capacita a sus discípulos para conseguir sus títulos el tratar las cosas más ordinarias con los términos más extraordinarios<sup>66</sup>. Pero esto no les lleva a ser tan insoportables para la gente con sentido común como su frialdad formal y su pedantería, su perpetua ansia de discutir y contradecir. Me abstengo deliberadamente de decir nada acerca del provecho que comúnmente se saca ahí de la inexperiencia de la juventud (quien tiene naturalmente que confiar en el juicio de sus profesores) para involucrarles tempranamente en diferentes partidos y facciones, en el resentimiento, en la censura y en el fanatismo. Pues, en una palabra, apenas se aprende algo

64 Como señala Dagron en la anotación a esta pasaje (ed. cit., p. 75, nota 1), Toland expone aquí no sólo el origen de ciertas creencias o prejuicios, sino también el de la credulidad, es decir, de la disposición a creer aquello que ni se comprende ni se conoce. En este aspecto, el filósofo irlandés no se limita aquí a la cuestión de los misterios religiosos, sino que abarca también los que se podrían llamar «misterios civiles», que deberían ser objeto de un asentimiento esencialmente práctico.

65 Esta precisión sobre las universidades extranjeras está ausente en MH.

66 Sobre esta cuestión había dedicado Locke un capítulo entero en su obra principal titulado precisamente «Del abuso de las palabras» (*Ensayo sobre el entendimiento humano*, III, x). Cfr. asimismo, el prefacio a *Cristianismo no misterioso*.

en la universidad a no ser lo que un hombre tiene que olvidar si desea ser entendido o no parecer ridículo y fastidioso cuando está en compañía de otros.

8. Pero como si todo esto no fuera suficiente para corromper nuestros entendimientos, hay cierto tipo de personas asalariadas y viviendo aparte en muchas comunidades del mundo, no para sacar del error, sino para mantener al resto de la gente en sus errores. Esto se tendrá por una tesis fuerte, pero no se refiere al clero ortodoxo. Y respecto a los otros sacerdotes ¿qué puede ser más cierto, puesto que por esta mismísima razón se les considera heterodoxos?<sup>67</sup> Las cosas extrañas y las historias increíbles que hemos leído y escuchado (si tienen relación con alguna religión en particular) se nos confirman diariamente por el predicador desde el púlpito, donde todo lo que dice se toma por verdadero por la mayoría del auditorio, no teniendo nadie la libertad de contradecirle y anunciando sus propias ocurrencias como si fueran oráculos de Dios. Aunque toda secta negará esto de sus propias doctrinas<sup>68</sup> (y sabemos, Serena, que es falso por lo que se refiere a la religión reformada que profesamos), el resto lo afirmará con innegables argumentos de las restantes; pues es imposible que deban tener todos, o más de uno, la razón, lo cual es una prueba de que el resto, siendo la mayoría de la humanidad, está retenido en sus errores por sus sacerdotes<sup>69</sup>. Y a pesar de las serias dudas acerca de las alegrías del cielo y de los tormentos del infierno, éstos son suficientes para procurar autoridad a sus infinitas contradicciones: Así de fuertes son las impresiones de esperanza y de miedo que más que nunca se fundamentan en la ignorancia!<sup>70</sup>

9. Cuando salimos por el mundo, encontramos que estos errores son tenidos en tan alto crédito que, todo aquel que está fuera de esta forma universal de pensar, es visto como un monstruo. Si por algún tipo de feliz casualidad dejamos de estar engañados, el prevaleciente poder del interés nos hará hipócritamente (o, si los preferís, prudentemente) aparentar lo contrario por miedo a perder nuestras fortunas, tranquilidad, reputación o vidas. Esto confirma a los demás en sus prejuicios por nuestro ejemplo tanto como si estuviéramos también engañados nosotros mismos; pues no conociendo nada de nuestras mentes, sino únicamente nuestras acciones externas, las cuales aparecerán semejantes a las suyas, dirán que somos de la misma creencia. Además, mantener que tenemos razón, mientras que los otros están

---

67 En MH se decía «herejes». La figura del sacerdote tiene una caracterización muy negativa en la obra de Toland al considerársele siempre como culpable de la transmisión y conservación de los misterios y de la superstición en las sociedades humanas (véase, por ejemplo, el prefacio a *Cristianismo no misterioso*, así como *Clidophorus*, § II). No obstante, el filósofo irlandés defenderá en sus últimos escritos teológicos la existencia de sacerdotes «honestos» junto a los corruptores de la fe. Véase, por ejemplo, *Nazareus*, § XV y I, § 75 y el prefacio a *Tetradymus*.

68 Toland en el MH decía que «sé bien que todas las sectas negarán esto de sus dogmas particulares» (p. 319).

69 Cfr. *Clidophorus*, § II.

70 En MH aún se añadía lo siguiente: «Pero cuanto menos digamos sobre esta cuestión, mejor, pues ¿cómo osaría yo escribir sobre lo que no está permitido pensar?» (p. 319). Esta temática, de la cual «prudentemente» Toland no se atreve a hablar, se encuentra desarrollada por Spinoza en el prefacio al *Tractatus theologico-politicus* (1670), donde se dice que los hombres «mientras dudan, el menor impulso les lleva de un lado para otro, sobre todo cuando están obsesionados por la esperanza y el miedo; por el contrario, cuando confían en sí mismos, son jactanciosos y engreídos» (*Tratado teológico-político*. Edición de Atilano Domínguez, Alianza Editorial, Madrid, 1986, p. 61). Cfr., asimismo, Anónimo clandestino (ss. XVII-XVIII): *La vida y el espíritu del señor Benedicto de Spinoza o Tratado de los tres impostores (Moisés, Jesucristo y Mahoma)*. Estudio preliminar, edición, notas y traducción de Pedro Lomba; Estudio de contextualización de Pierre-François Moreau. Tecnos, Madrid, 2009, pp. 175 (II, §11) y, especialmente, 179 (III, §5). Citamos según la edición del tratado de 1768.

equivocados, será interpretado como un ataque tal a todas las demás personas<sup>71</sup> que no se habrá de culpar a un hombre que, conociendo a la humanidad, haya resuelto llevar una vida tranquila lejos del ruido, el gentío y la prisa del mundo<sup>72</sup>.

10. Aquellos que están más enamorados del bullicio de la vida pública o están más sometidos a la necesidad de soportarlo, generalmente se dedican a alguna profesión. Esto los hace indispensablemente partícipes de muchos prejuicios a favor de su particular vocación, aunque si bien no creen siempre en todos ellos, encuentran de su interés que los demás lo hagan para ganar con ello un mayor crédito, reputación y autoridad. Catón el Censor se maravillaba de que cuando un agorero se encontraba con otro no se rieran de la simplicidad de aquéllos que creían en sus adivinaciones<sup>73</sup>; y si lo hubieran hecho entre ellos (como sabemos por la historia que a menudo hicieron), nunca habrían expuesto el arte de su oficio al pueblo, quien los creía nuevos mensajeros infalibles del cielo y les pagaba tan bien por sus respuestas<sup>74</sup>. De ahí que no sólo toda profesión, sino también todo rango de hombres tenga su particular lenguaje que los demás conciben como compuesto de materias muy extraordinarias, muy superiores a la capacidad o comprensión común<sup>75</sup>. La nobleza, los terratenientes, los comerciantes de caballos y los donceles tienen también sus diversas jerigonzas (aunque no tan bárbaras) como los teólogos, los abogados, los médicos y los filósofos. Y excepto los pocos sabios e inteligentes, todo el resto está realmente per-

71 Malebranche, por ejemplo, ya había dicho que «las supersticiones no se destruyen fácilmente y no se las ataca sin encontrar un gran número de defensores» (*De la recherche de la vérité*, II, iii, 6, §1; ed. cit., p. 206).

72 Esta idea de la necesidad del retiro será esencial para el último Toland, quien vivirá alejado de la primera línea de actuación filosófica y política al confirmarse la inutilidad e ineficacia de una reforma o ilustración popular. Cfr. para una exposición de este ideal anti-ilustrado su *Pantheisticon*, de donde proceden las dos normas que el panteísta debe seguir: «hablar como el vulgo y sentir como el filósofo» (que era una reformulación del famoso *dictum* de Charles Blount en su obra *Great is Diana of the Ephesians: or Of the Original of Idolatry*, Londres, 1695, p. 22) y «una cosa es lo que está en el pecho y en consenso privado y otra cosa es la que está en el foro y en la asamblea pública». J. Toland, *Pantheisticon*, Cosmopolis [Londres], 1720, pp. 42 y 80 respectivamente. Cfr., por último, *La vida y el espíritu del señor Benedicto de Spinosa o Tratado de los tres impostores (Moisés, Jesucristo y Mahoma)*, ed. cit., p. 158 (I, §2).

73 Toland hace referencia, como señaló d'Holbach en su traducción (ed. cit., p. 36), a un pasaje que se encuentra en el *De divinatione*, donde Cicerón afirma que «conócese aquel antiguo dicho de Catón, que se admiraba de que un agorero al ver otro agorero no lanzase la carcajada. ¿Cuándo dieron razón los acontecimientos a sus predicciones? Y si sucedió alguna vez, ¿quién puede decir que no se debe a la casualidad? Refugiado Aníbal junto al rey Prusias, le aconsejaba trabar combate a pesar de los auspicios contrarios que ofrecían las entrañas de las víctimas. Negábase el rey a seguir el consejo, y Aníbal exclamó: «Cómo! ¿Prefieres guiarte por las entrañas de un becerro a creer a un general veterano?» ¿El mismo César no marchó a África a pesar de que el gran agorero le aconsejaba no hacerlo antes del invierno? De no realizarlo entonces, habría encontrado reunidas todas las tropas de sus enemigos. ¿A qué enumerar (cosa que sería muy fácil) las respuestas de los agoreros que no tuvieron éxito alguno o que lo tuvieron contrario? Dioses inmortales! ¿Cuántas veces nos engañaron en la guerra civil? ¿Cuántas no nos han enviado de Roma a Grecia? ¿Qué anunciaron a Pompeyo, que tanto creía en los prodigios y en las entrañas de las víctimas? Mas ¿a qué recordarlo? No es necesario, en verdad, puesto que estabas con nosotros. Por tí mismo ves que todo sucedió al contrario que habían predicho. Pero basta de esto: volvamos a los prodigios». M. T. Cicerón: *La Adivinación/El Hado*, II, xxiv (citamos por la traducción de Francisco Navarroy Calvo, introducción de Francisco José Fortuny, Ediciones Folio, Barcelona, 2002, pp. 79-80).

74 Para una ampliación de este tema, véase la tercera carta, §§12-14, así como *Cristianismo no misterioso* (III, 6, 94) y *La vida y el espíritu del señor Benedicto de Spinosa o Tratado de los tres impostores (Moisés, Jesucristo y Mahoma)*, p. 179 (III, §6).

75 Como señala Dagron en la anotación a este pasaje (ed. cit., p. 79, nota 1), Toland se aleja aquí de la influencia de Locke en estas cuestiones para hacer lo que podría denominarse una «sociología del lenguaje».

suadido de que ellos son más importantes que aquéllos que ignoran sus términos. Y yo he visto en varias ocasiones a un cazador ser tan despectivo con el buen sentido de aquellos que no comprendían su ruidosa jerga, como el astrólogo que está realmente orgulloso de iluminar a la crédula plebe con aquel instrumento vil que él mismo tampoco comprende demasiado bien. En la mayoría de las profesiones (en especial, en aquellas que tienen la reputación de mecánicas<sup>76</sup>) los miembros se encuentran bajo juramento de no descubrir el misterio de su oficio, lo que conduce a que la noción de misterio haga imaginar a los demás que hay algo de extraordinario en los asuntos más triviales camuflados de esta manera tan artística; y vuestros misterios de Estado (aunque no para ser mirados con impertinencia por ojos vulgares, sino para ser admirados con veneración) son a veces tan frívolos e imaginarios, tan insignificantes y ridículos como otros cualesquiera<sup>77</sup>.

11<sup>78</sup>. Pero no hay prejuicios que estén más adheridos a nosotros o sean más difíciles de ser erradicados que aquéllos de la sociedad en la cual vivimos y hemos sido educados. Esto es aplicable tanto a sus costumbres civiles y a sus ritos religiosos, como a sus nociones y a sus prácticas. No se nos puede hacer creer fácilmente que nuestros antepasados estaban casi siempre en el error; mucho menos que aquéllos con quienes conversamos diariamente tienen tan poco fundamento para muchas de sus acciones, puesto que somos propensos a amar o a admirar las opiniones de los hombres como hacemos con su persona y estamos educados en las mismas convicciones que ellos. Por el contrario, odiamos con frecuencia una opinión a causa de la persona y no menos frecuentemente a la persona a causa de su opinión. Por lo general, no tenemos razón alguna mejor para ello que el hecho de que hemos sido educados

---

76 «Mecánicas» en el sentido de que eran actividades relacionadas con el trabajo manual y la producción material, distinguiéndose, por tanto, de las denominadas «artes liberales».

77 En *Cristianismo no misterioso* había escrito Toland que «los misterios de Estado, de las ciencias y de los comercios son todo lo mismo» (III, I, 5).

78 En MH se encuentra intercalado el siguiente apartado como número 11, donde se habla de los prejuicios en los empleos y en la nobleza: «Las cortes y los campos tienen sus propios prejuicios, tanto como los burgos y las aldeas; y un heraldo puede descubrir tan pronto el mérito personal en la parte diestra o siniestra de un escudo, como un astrónomo puede mostrar toros vivos o arietes reales en el zodiaco. Reconozco de buena fe la necesidad de órdenes diferentes de hombres o de una distinción de las cualidades en cualquier sociedad civilizada; pero también sé que puede revestirse de grandes ventajas el hombre que puede descender de una familia noble. Las principales son, en primer lugar, las riquezas antiguas transmitidas por derecho hereditario del fundador de la casa para la posteridad, el cual las debe hacer valer o aumentar; y, en segundo lugar, una educación virtuosa, animada y sostenida por una sucesión de ilustres ancestros. Estas dos cosas se armonizan con una tercera, a saber, que esta educación no ha de ser imaginaria, de la misma manera que no lo han de ser las riquezas; aunque a veces la una y la otra existan más imperceptiblemente en la idea que en la realidad: pero en esto las mismas cosas niegan que un hombre pueda subsistir en el mundo ni honestamente ni por largo tiempo tanto por la reputación de su familia, como por el fondo de sus bienes. Pero para no hacer ninguna digresión sobre este tema, un hombre de guerra no toma con más frecuencia su humor brutal o pendenciero por verdadero coraje y honor tanto como un hombre de corazón cree de buena fe que su cobarde adulación y su profunda disimulación son la cima de la civilización y de la prudencia: ya que uno de estos señores no es siempre un estafador, ni el otro es siempre un espadachín, como cada general no es un héroe, ni cada ministro un político; mas, de la misma manera que los otros hombres, éstos son a veces arrastrados violentamente por los prejuicios de sus empleos contra sus inclinaciones naturales. Después de estos otros grados o (por decirlo así) relaciones ordinarias vitales que ya he descrito más arriba y que no dejan de producir sus efectos sobre las acciones de los hombres, se encuentren en el estado en el que se encuentren, sería ir hasta el infinito querer entrar en detalle dentro de las profesiones particulares. Esta es la razón por la cual voy a reducir un tema tan extenso a algunos puntos generales» (pp. 320-321).

de manera diferente y acostumbrados a pensar que aquél que yerra en sus nociones no puede ser justo en sus acciones<sup>79</sup>. De esta manera, la mayoría de la gente en todos los lugares del mundo se empapa con pasión de cualesquiera de los que le han enseñado a imitar o a respetar desde su infancia y sin más evidencia están dispuestos a morir por la verdad de ello en la vejez, lo cual los convierte propiamente en mártires de un hábito, pero no de una religión o de la verdad, a no ser por mero accidente<sup>80</sup>. Más aún, la costumbre (la cual es denominada no inadecuadamente una segunda naturaleza<sup>81</sup>) tiene impreso un sello tal sobre el lenguaje de la sociedad que lo que se dice en estas o en aquellas palabras, por muy contradictorias o abstrusas que éstas puedan ser, pasa normalmente como una verdad válida. Mas cambiad vuestros términos o usad las expresiones de cualquier otro partido y entonces si decís alguna verdad, cualquier cosa que digáis, será considerada falsa o, en el mejor de los casos, sospechosa. Y, ciertamente, no puede ser de otra manera, puesto que estos prejuicios no pueden ser nunca examinados. Vos podréis razonar (por ejemplo) para entrar en la religión que os plazca, pero, os lo ruego, ¿qué religión os permitirá razonar para salir de ella?<sup>82</sup>. Sé que algunas de ellas profesan la libertad de examinar, pero sus procedimientos muestran no pocas veces su escaso deseo de sinceridad, pues poned en duda o negad alguna de sus doctrinas después de tal examen y la persona que lo haga pasará un tiempo muy malo. Si no puede ser ejecutado, ni desterrado, ni privado de su empleo, ni confinado o excomulgado de acuerdo con si su iglesia tiene más o menos poder, lo menos que podrá esperar es ser aborrecido y evitado por los otros miembros de la sociedad (algo que está en poder de todo el mundo)<sup>83</sup>. Esto no todo hombre tiene la fortaleza suficiente de aguantarlo en nombre de las más grandes verdades; y la carestía de amistades ha retenido a menudo a hombres de admirable entendimiento en la profesión externa de los más absurdos y ridículos errores<sup>84, 85</sup>.

79 «pues no hay nada más falso en el mundo», se concluía en MH (p. 322). En este contexto, el filósofo irlandés se está haciendo eco de las reflexiones llevadas a cabo por Pierre Bayle en su *Pensées diverses sur la comète* (1683), quien celebraba al «ateo virtuoso», teniendo como modelo histórico a Baruch de Spinoza.

80 Escribía al respecto Locke que «no es difícil imaginar cómo por estos medios acontece que los hombres adoren los ídolos que han sido erigidos en sus mentes; que se encariñen con las nociones que les han sido tan familiares y que lleguen a revestir con los atributos de la divinidad a absurdidades y errores, convirtiéndose en celosos adeptos de sectas que rinden culto a los toros y a los monos y por cuya defensa están dispuestos a argumentar, a pelear y a morir en defensa de sus opiniones». *Ensayo sobre el entendimiento humano*, I, iii, § 26 (ed. cit., p. 59; traducción con algunas modificaciones).

81 Cfr. Aristóteles: *Ética Nicomáquea*, donde sostiene que «se cambia más fácilmente el hábito que la naturaleza; pero incluso el hábito es difícil de cambiar, porque se parece a la naturaleza, como dice Eveno: Afirmo, amigo, que el hábito es práctica duradera y que acaba por ser naturaleza en los hombres» (VII, 10; 1152a-29-34). Citamos según Aristóteles: *Ética Nicomáquea · Ética Eudemia*. Introducción por Emilio Lledó Íñigo. Traducción y notas por Julio Pallí Bonet. Editorial Gredos, Madrid, 1985, p. 312.

82 En MH Toland radicalizaba la pregunta en los siguientes términos: «Vos podéis (por ejemplo) razonar a favor de la religión que os plazca, pero, ¿cuál es la religión (os lo ruego) que soportará que razonéis contra sus principios?» (p. 322).

83 Toland formulaba esta frase en MH de la siguiente manera: «debe esperar al menos recibir nombres odiosos y ser un horror para todos los miembros de esta sociedad, que huirán de él como de la peste, algo que está en poder de cualquiera» (p. 322).

84 Cfr. *Cristianismo no misterioso*, Prefacio, pp. iii y ss., así como *Clidophorus e Hypathia*, donde se expone el tipo de persecución a la cual históricamente ha estado sometido el sabio o el hombre libre de prejuicios.

85 En MH este apartado concluía de la siguiente forma: «Pero, ¿dónde está el hombre que es así de fuerte para sufrir por el amor a las verdades más importantes? Algunos toman partido por callarse o por conservar la paz pública o por no arriesgar las verdades fundamentales frente a las menos esenciales. También hay personas más

12. Añadid a todo esto nuestros propios miedos y vanidad, nuestra ignorancia de las cosas pasadas, la incerteza del presente y nuestra solícita curiosidad por lo que tiene que venir, nuestra precipitación al juzgar, nuestra inconsideración al asentir y la falta de la debida suspensión a la hora de examinar. Todo ello nos hace no sólo dejarnos llevar por errores vulgares en nuestras acciones, ser engañados tanto por nuestros sentidos como por nuestros apetitos y tomar innumerables falsedades por verdades demostrables en materia de especulación, sino también ser injustos con el mérito de otros, confundir al inocente con el culpable y preferir generalmente a este último. Y, tal y como nuestros prejuicios nos dominan, es casi imposible que alguna vez discernamos realmente qué persona es inocente o culpable, quién tiene razón o no en cualquier causa, puesto que nuestra primera pregunta no es qué ha hecho un hombre o cómo, sino quién es o de dónde es, estando preparados para aprobar o condenar, para leer su libro o rechazarlo, de acuerdo con la facción o el partido que él defienda. Esto no es ciertamente un trato ni cortés ni varonil<sup>86</sup> y espero que nadie pretenda que ésta sea la manera de descubrir la verdad o de continuar constantemente en la profesión de la misma, puesto que es difícil concebir (por ejemplo) cómo un hombre puede renunciar al Corán si nunca ha tenido que leer la Biblia. Asimismo, si un mahometano tiene que leer la Biblia, no veo razón alguna por qué un cristiano debería temer leer el Corán, lo cual es válido también para el resto de libros del mundo. Sería superfluo hablar más extensamente sobre tales lugares comunes, así como sobre nuestras pasiones predominantes, sobre el contagio de la multitud obediente<sup>87</sup> o bien sobre la autoridad de nuestro más poderoso señor e irresistible tirano, la costumbre, la cual manda por igual sobre príncipes, sacerdotes y pueblo<sup>88</sup>.

13. Después de estas observaciones podemos percibir la peligrosa condición en la que se encuentra todo individuo y cómo le parece imposible escaparse de la infección, de obtener o preservar su libertad, puesto que todos los demás hombres del mundo están de acuerdo

---

hábiles que, a causa de la gran amistad que tienen por los otros, están más llevados a parecer que aprueban los errores más absurdos y las prácticas más ridículas que a enemistarse con ellos o a dejar de dispensarles (como se dice) su comunión. No obstante, debe de ser muy penoso para un espíritu ilustrado estar forzado a conformarse con los galimatías y los remilgos autorizados por un raquíto sacerdote, ya que desprecia tanto la ignorancia como detesta el engaño. Pero esta es una complacencia que se está obligada a padecer por el pueblo, al cual los políticos deben (por su bien) tratar como niños, pretendiendo que les da todas sus niñerías con el fin de que estén en mejores condiciones para conducirles imperceptiblemente a razonamientos más sólidos: ya que, tal y como está hecho el mundo, un hombre sabio no aspira a nada más que a hacer que la superstición de su país sea menos onerosa y perjudicial para acomodarla, dentro de lo que sea posible, a los principios de honestidad y de virtud para la obediencia a los magistrados y al bien común de la patria» (pp. 322-323).

86 En MH Toland afirma que «esto, ciertamente, no es ni honesto ni de buena fe» (p. 323).

87 Sobre esta infección o contagio universal al cual está sometido el sabio, escribía justamente el teólogo y filósofo francés Pierre Charron en su *De la sagesse* (1601) que «algunos sabios – aunque muy pocos – sienten mejor que el hombre común y juzgan adecuadamente sobre esas opiniones. Sin embargo, se dejan arrastrar a veces, aunque no siempre y no por todas, pero por algunas y algunas veces. Hay que ser firme y constante para no dejarse llevar por la corriente, sano y preparado para mantenerse limpio de un contagio tan universal: las opiniones generales recibidas con aplauso y sin contradicción por todos son como un torrente que lo arrastra todo» (*De la sagesse*, I, xxxix; citamos según la traducción de Elsa Fabernig, Editorial Losada, Buenos Aires, 1948, p. 49). Cfr. asimismo, I, xiv (ed. cit., p. 142).

88 Tanto este párrafo como el anterior tienen un claro contenido autobiográfico, pues aquí Toland rememora la recepción de su primera obra (*Cristianismo no misterioso*, 1696). Véanse sus escritos de defensa *An Apology for Mr. Toland y A Defence of Mr. Toland*, ambos de 1697, en los que Toland denunciaba cómo el parlamento irlandés había condenado oficialmente tanto la obra como al autor a las llamas.

en la misma conspiración para engañarle. Pero aunque una persona exenta de prejuicios parezca en sus circunstancias exteriores tener poca ventaja sobre los demás, el cultivo de su razón será, no obstante, la ocupación principal de su vida. Asimismo, considerará que no habrá nada que pueda igualar su tranquilidad y felicidad interior, cuando vea a casi todo el resto de su género envileciéndose constantemente en la oscuridad, perdido en inextricables laberintos, agitado por innumerables dudas, atormentado por perpetuos miedos y no estando seguro de encontrar ningún fin a sus miserias ni siquiera en la muerte. Él, por su parte, estará completamente a salvo gracias al uso correcto de su entendimiento de todos estos vanos sueños y terribles fantasmas, contento con lo que ya sabe y complacido con nuevos descubrimientos, sin interesarse por aquello que no puede conocer, ni estando guiado como una bestia por la autoridad o la pasión, sino dándose a sí mismo la ley de sus propias acciones como corresponde a un hombre libre y racional<sup>89</sup>.

14. Sé tan bien como cualquier otra persona en el mundo, Serena, qué poco necesitáis que hable más sobre este tema, teniendo ya tantos conocimientos y tan pocos prejuicios, razonando de manera tan precisa, pensando tan bien y hablando tan justamente. Tampoco es para vuestra instrucción (lo confieso) que he escrito ahora por deseo vuestro, sino para mostraros hasta qué punto estamos de acuerdo en nuestras opiniones, aunque estoy preparado para reconocer que vos excedéis a la mayoría de los hombres tanto como a mí mismo en vivacidad de espíritu, así como a todos los de vuestro propio sexo por vuestras numerosas y excelentes cualidades. En materia de prejuicios, veis que al final Vos no estáis en un estado peor que otras personas; y aun cuando vuestras circunstancias sean mejores (como estoy seguro de que lo son), no obstante, debéis contentaros con el placer interior y la satisfacción de vuestra propia mente y no esperar el aplauso del público, el cual antes os expondrá a la desgracia o al peligro que hará justicia a vuestras incomparables virtudes. Mas esto no os debería impedir disfrutar de la felicidad de un discurso libre con aquellas personas dignas de este honor, en las cuales encontraréis tanto juicio y discreción en el razonar<sup>90</sup> como yo celo y sinceridad en declararme, Señora, vuestro más fiel y humilde servidor.

---

89 He aquí expuesto de forma sucinta el ideal del hombre tolondiano, que recibirá un trato más exhaustivo en su *Pantheisticon*, identificándose esta concepción del sabio (que, por lo demás, debe mucho a Epicuro, Lucrecio y, sobre todo, a Cicerón) finalmente con el panteísta. Cfr. asimismo, Charron, *De la sagesse*, el apartado titulado «Exención y liberación de los errores y vicios del mundo y de las pasiones. Primera disposición a la sabiduría» (II, 1) (ed. cit., pp. 256-261).

90 Este consejo a Serena constituirá precisamente la base teórica sobre la cual redactará su obra esotérica *Pantheisticon*.